

Habitantes de la selva: leyendas mayas



Escrito por
Agustín Pérez Allende

Ilustrado por
Emily Mendoza
Dominique Ramsey
Emma Pokorny

2.º grado

Lectoescritura 9

Habitantes de la selva: leyendas mayas

Libro de lectura

This file is provided exclusively for use by students and teachers for whom the corresponding materials have been purchased or licensed from Amplify. Any other distribution or reproduction of these materials is forbidden without written permission from Amplify.

ISBN 979-8-88576-109-3

© 2022 Amplify Education, Inc. and its licensors
www.amplify.com

All Rights Reserved.

Core Knowledge Language Arts and CKLA are trademarks of the Core Knowledge Foundation.

Trademarks and trade names are shown in this book strictly for illustrative and educational purposes and are the property of their respective owners. References herein should not be regarded as affecting the validity of said trademarks and trade names.

“La leyenda del colibrí” illustrated by Emily Mendoza; “La leyenda del venado” illustrated by Dominique Ramsey; “La leyenda de la luciérnaga” illustrated by Emma Pokorny

Contenido

Habitantes de la selva:
leyendas mayas

Lectoescritura 9

Libro de lectura

La leyenda del colibrí	3
La selva	4
Un gran problema	12
El mensajero	20
La leyenda del venado	29
Un inquieto venado	30
Una presa fácil	38
El regalo perfecto	46

La leyenda de la luciérnaga	55
Un hombre muy sabio.....	56
Una pérdida grave.....	64
Brillar con luz propia.....	72





A vibrant, stylized illustration of a tropical jungle. The scene is dominated by several palm trees with green fronds and brown trunks, set against a bright yellow background with diagonal light rays. In the foreground, there is a dense thicket of green foliage, including large, striped leaves and small, colorful flowers in shades of pink, orange, and red. The overall style is bright and cheerful, typical of children's book illustrations.

La leyenda del colibrí



La selva

Cuenta la leyenda, que al inicio de los tiempos, no existía la selva. Todo estaba vacío y sin vida. Hunab Ku, el más poderoso de los dioses mayas, deseaba crear un mundo en el que hubiera movimiento y actividad. Pese a que él era la fuente de energía del cosmos, no podía asumir esta tarea solo. Así pues, solicitó la ayuda de sus hijos e hijas, que también eran dioses de la mitología maya.

—Vengan aquí, Naab, Chaac, Kahuil, Ah Mun, Tepeu e Ixchel —ordenó—. Quiero crear un mundo, y necesito que todos piensen en cómo podemos llenarlo de vida.

Los hijos de Hunab Ku intercambiaron ideas.

—Podemos crear ríos, cascadas, lagos, árboles y plantas —sugirió uno.

—Podemos crear personas y animales —opinó otra.

Hunab Ku estuvo de acuerdo, y todos se pusieron manos a la obra.







Los hijos de Hunab Ku trabajaron día y noche hasta crear todo lo que forma una selva: los árboles inmensos, las plantas grandes y chiquitas, los ríos caudalosos y las cascadas sonoras.

También comenzaron a crear a las primeras personas de la selva: los mayas. Al principio los hicieron de fango, pero se dieron cuenta de que se deshacían rápidamente. Después los hicieron de madera, pero entonces notaron que se quebraban. Por fin, se decidieron a hacerlos de maíz, un material que les resultó durable y adecuado.

Hunab Ku, observó todo lo creado y llamó a sus hijos:

—Hemos creado la selva y hemos creado a los mayas —dijo—. Ahora, nos falta crear a los animales.

—Lo ayudaremos, Padre —dijo Naab, diosa de los lagos.

Todos estuvieron de acuerdo en que debían hacer los animales de barro. Ese era un material moldeable que les permitía hacer diferentes formas y figuras.



Hunab Ku les dijo a sus hijos que cada animal debía tener un lugar y un trabajo específico en la selva.

—¿Cómo es eso, Padre? —preguntó Chaac, dios de la lluvia.

—Algunos animales deben habitar en la tierra, otros en los árboles y otros en el agua —explicó Hunab Ku—. Cada animal debe trabajar para proteger ese lugar.

Siguiendo las instrucciones de su padre, los dioses y las diosas mayas tomaron barro y comenzaron a moldear a los animales.

—Aquí tengo al jaguar. Será el animal más fuerte y poderoso de la selva. Siempre estará listo para defenderla —dijo Ah Mun, dios del maíz.

—Aquí está una abeja sin aguijón. Ella irá de flor en flor para que la selva nunca deje de tener flores y frutos —dijo Ixchel, diosa de la luna.

—Aquí tenemos a las hormiguitas. Ellas harán túneles que llevarán aire bajo la tierra y ayudarán con la limpieza del suelo —dijo Tepeu, dios del cielo.









Los hijos de Hunab Ku siguieron haciendo animales de todo tipo. Así nació el ave quetzal de hermoso plumaje, el feroz cocodrilo, los escandalosos monos aulladores y las zarigüeyas con su largo hocico.

También crearon a las arañas, a las lombrices y al resto de los animalitos que viven en la selva.

Un día, Chaac advirtió:

—Las plantas necesitan más insectos. ¡Las abejas no pueden con todo!

—No te preocupes —respondió Ixchel—. Estoy haciendo mosquitos, moscas y mariposas que llevarán polen de una flor a otra todo el día.

—¿Y qué pasará por las noches? —insistió Chaac.

—Tranquilo —dijo Kahuil—. Yo estoy haciendo al murciélago. Este pequeño volará en la oscuridad y ayudará a las plantas a seguir creciendo.

Todos siguieron haciendo distintos animales. Estaban tan entusiasmados, que no se dieron cuenta de algo: su barro se estaba terminando.





Un gran problema

Los dioses y las diosas mayas estaban muy contentos. Habían creado animales de diversas clases para que habitaran en la selva. Se escuchaban los cantos de las aves y el rugido de los jaguares. Los monos chillaban y se mecían alegres por las ramas de los árboles. Cuando Hunab Ku observó a los animales arriba y abajo en la selva, se sorprendió. Todo parecía un hermoso mosaico.

—Es increíble —dijo complacido—. Han hecho un gran trabajo. Todos los animales son hermosos. Todos tienen un trabajo. Todos serán felices en la selva.

—Hemos cumplido la tarea que usted nos encargó, Padre. Estamos seguros de que los mayas también serán muy felices aquí —dijo Ah Mun.

—Así es. Pero, tengo una duda: ¿dónde está nuestro mensajero? —preguntó Hunab Ku.

Los hijos de Hunab Ku se miraron desconcertados.

—¿Qué mensajero, Padre? —preguntó Naab.







Entonces, Hunab Ku explicó lo que había querido decir:

—**C**uando regresemos a casa, es importante tener un animal que nos sirva de mensajero. Debe ser un animalito que lleve nuestros pensamientos a los mayas. Además, será el encargado de avisarles que sus antepasados están bien.

Los dioses y las diosas empezaron a pensar en las formas posibles que le darían al mensajero. Sin embargo, se encontraron con un gran problema: ya no había barro. Sin este material, no podrían hacer otro animal.

Hunab Ku, preocupado, les pidió a todos que generaran algunas ideas.

—¿Con qué otro material podemos hacer al mensajero? —preguntó.

Los dioses y las diosas miraron a su alrededor buscando una solución. Ya habían trabajado con otros materiales que no les habían servido tan bien como el barro.





Después de pensarlo, miraron el paisaje y buscaron rocas por el suelo que pudieran servirles para hacer al mensajero. Fue entonces cuando Hunab Ku vio un pequeño objeto que apenas sobresalía entre la vegetación espesa. De inmediato llamó su atención y le sirvió de inspiración.

—¡Una piedra de jade! —exclamó entusiasmado—. El jade es una hermosa piedra verde muy maciza. Con ella haré al mensajero.

Hunab Ku decidió que el mensajero sería un ave para que pudiera deslizarse por el aire. Con sus alas, le sería fácil traer y llevar los mensajes y pensamientos. También decidió que debía ser chiquita y veloz, para llegar a cualquier sitio en poco tiempo.

Finalmente, decidió que sus alas debían ser muy rápidas, para poder mantenerse volando en un solo lugar. De este modo, sería capaz de comunicar sus mensajes y pensamientos sin necesidad de aterrizar.

Los hijos de Hunab Ku lo miraron intrigados. No sabían qué tipo de animal haría su padre.









El poderoso Hunab Ku observó detenidamente la piedra para saber cómo haría al ave mensajera. La luz hacía que el jade reflejara distintos colores. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Primero haré... —y no dijo más.

Con maestría, Hunab Ku comenzó a tallar la piedra. Sus hijos, impacientes, se asomaban por encima de los hombros de su padre para ver lo que hacía.

—¡Dinos qué es, Padre! —pidió Chaac.

—¿Qué animal estás haciendo? —preguntó Ixchel.

Después de un rato, Hunab Ku mostró su trabajo. Había tallado una pequeña punta de flecha. Sus hijos se miraron entre ellos, algo decepcionados; esperaban algo más extraordinario que una simple punta de flecha. Pero lo mejor estaba por venir.

Hunab Ku, con su concentración característica, tomó la punta de flecha entre sus manos, cerró los ojos y después sopló sobre ella. Cuando separó sus manos, salió volando a toda velocidad una pequeña ave: el colibrí.



El mensajero

Todos los hijos de Hunab Ku quedaron sorprendidos con el colibrí. ¡Ellos nunca imaginaron un ave así!

—¡En sus plumas destellan los colores de la selva!
—gritó admirada Ixchel.

—¡Se balancea con tanta gracia! —exclamó Chaac.

—Sus alas se mueven rápidamente y puede quedarse volando en un mismo sitio como si flotara —dijo Tepeu.

—¡Y tiene un pico tan largo y puntiagudo como una flecha! —agregó Ah Mun.

Hunab Ku respiró complacido y explicó a sus hijos que el colibrí sería veloz como una flecha para llevar mensajes entre el mundo de los dioses y el mundo de los mayas. También llevaría los pensamientos entre los mayas y sus antepasados, así como los pensamientos entre dos personas que estén muy lejos una de otra.









El colibrí voló de inmediato por la selva, causando la admiración tanto de los animales como de los mayas. Todos se maravillaban al verlo, no solo por sus bellos colores y su pico en forma de flecha, sino por la velocidad con la que agitaba sus alas. Muy pronto, todos comenzaron a esperar su llegada ansiosamente.

Sin embargo, con el paso del tiempo, algo impidió que el colibrí entregara los mensajes a tiempo. Algunos mayas, encantados con su plumaje y su gracia, comenzaron a tratar de atraparlo para tenerlo en sus casas.

Hunab Ku notó que el colibrí estaba muy decaído y le preguntó.

—¿Qué te pasa, colibrí?

—Algunas personas me persiguen y quieren atraparme —respondió el colibrí—. Les gusta mucho mi plumaje y quieren tenerme encerrado. Así no puedo hacer mi trabajo, pues tengo que huir casi todo el tiempo.





—Mantén la calma —lo tranquilizó Hunab Ku—. Yo hablaré con ellos para que puedas continuar tu tarea de mensajero.

Entonces Hunab Ku fue a ver a los mayas.

—Es un honor que usted nos visite. Por favor, díganos en qué podemos ayudarle —dijo el anciano que lo recibió.

—Estoy aquí porque sé que algunos de ustedes han tratado de atrapar al colibrí —dijo el creador de la selva, muy molesto.

—Así es —reconoció el anciano—. Las plumas del colibrí son tan bellas, que algunos quieren usarlas para decorar sus tocados. También quieren que el colibrí se quede a vivir aquí para poder admirar su belleza todo el tiempo.

—¡Eso no es correcto! —habló con fuerza y autoridad Hunab Ku—. Dile a los mayas que es mi deseo que dejen en paz al colibrí.







Después de su conversación con Hunab Ku, el anciano convocó a los mayas para transmitirles el mensaje que había recibido.

—De ahora en adelante, nadie podrá tratar de atrapar al colibrí —les dijo con voz firme.

—¿Por qué no podemos atraparlo? —preguntó un niño entre la multitud.

—El colibrí no es tuyo ni mío —respondió el anciano—. Es un mensajero para todos nosotros, y debemos respetar su trabajo. No podemos atraparlo para disfrutar de su belleza en nuestra casa. Debemos dejar que sea libre, como todos los demás animales de la selva.

Al oír al anciano, los mayas comprendieron el mensaje y aprendieron la lección. Dejaron en paz al colibrí para que cumpliera con su misión. Desde entonces, el colibrí vuela libremente, llevando y trayendo mensajes con sus veloces alas.







La leyenda del venado



Un inquieto venado

Se dice que en la antigüedad los venados de la selva eran blancos, como la nieve. El color de su piel hacía que pudieran ser vistos desde lejos, y por lo tanto, eran presa fácil de los cazadores.

Cuenta la leyenda que uno de estos venados blancos era Keej, quien habitaba en la selva de los mayas con sus padres. Keej era muy joven, inquieto y curioso. A veces, se le olvidaba que debía cuidarse de los cazadores que acechaban en la selva. Le gustaba caminar y correr libremente, sin tener en cuenta los peligros a los que estaba expuesto.

Un día, como de costumbre, el pequeño Keej salió a buscar comida entre los árboles de la selva. Sus padres lo seguían y lo **guiaban**, advirtiéndole que tuviera cuidado.





—No te alejes de nosotros, hijo —le recomendó su madre—. No quiero que seas víctima de los cazadores. Con tu piel blanca, te pueden distinguir fácilmente entre los árboles y las plantas.

—¿Por qué nos persiguen tanto los cazadores, Madre? —preguntó Keej, intrigado.

—Porque se alimentan de nosotros y usan nuestra piel para protegerse del frío —respondió su madre.

Keej escuchó la respuesta de su madre, pero inmediatamente volvió a pensar en el banquete que quería darse ese día. Debía seguir andando hasta conseguir los brotes tiernos de las plantas que tanto le gustaban.

—A mí no me gusta comer lo que hay por aquí —se quejó Keej—. Voy a caminar un poco más. Quiero encontrar las hierbas que hay más adelante. ¡Esas sí son ricas!

Los padres de Keej estaban cansados y no querían andar más allá de donde se encontraban.

—Está bien, pero camina con cautela. No te arriesgues, hijo —le dijo su padre—. Mantente atento a cualquier cazador que pueda estar escondido entre los árboles. Tu madre y yo te esperaremos en nuestra guarida. Regresa antes de que oscurezca.

—No te preocupes, Padre. No me pasará nada malo —le contestó Keej, mientras comenzaba a alejarse muy contento. Pronto, un verde pasto sería suyo.

Keej estaba seguro de su habilidad para escapar de cualquier cazador. Aunque pudieran verlo por su piel blanca, era veloz y muy astuto, así que no se dejaría atrapar fácilmente.

“Yo soy más rápido que una flecha”, pensó confiado.

Keej continuó su camino. Se le hacía agua la boca al pensar en los ricos brotes que iba a comer. Corrió entre los árboles, esquivó rocas y arbustos e hizo sus mejores piruetas en el aire.





Cuando se acercó a un claro de la selva, Keej dejó de correr y comenzó a caminar lentamente. Aspiró el aire, usando su olfato para detectar lo que buscaba. ¡Ya sentía el aroma del fresco prado!

Aunque se sentía un poco cansado después de su aventura, el premio estaba ahí: un verdadero festín de tiernos brotes y jugosas espigas. Más tarde, tendría tiempo de ir a una laguna a beber **agüita** y refrescarse para calmar su sed. Descansaría y jugaría un rato. Si todo salía como lo tenía planeado, antes del atardecer estaría de regreso en la guarida.

Keej comenzó a arrancar la hierba con sus fuertes dientes y a saborear con calma su comida. La tarde estaba totalmente serena. Ni siquiera se oía el chillido de las aves.

“¡Qué delicia!”, pensó el joven venado, mientras masticaba la hierba.

Entonces, cuando más contento estaba, un ligero crujido rompió el silencio.



Una presa fácil

Keej paró las orejas y se puso en estado de alerta. Ese crujido que había oído era el inconfundible ruido de ramas secas que se quiebran. Afinó el oído y sintió unas pisadas. ¡Varias personas **caminaban** entre los matorrales! **Aunque** era joven, ya sabía distinguir el sonido de las pisadas. ¡Eran las pisadas de los cazadores!

Por la intensidad del sonido, Keej supo que los cazadores estaban muy cerca. Su instinto le hizo ponerse alerta y preparar su huida.

Keej pensó rápidamente en qué hacer. Podría salir corriendo a toda velocidad y avanzar **kilómetros** hasta perderse de los cazadores. De un salto, se alejó del claro de la selva, ¡pero se encontró rodeado de cazadores! Miró a su alrededor y pronto vio un agujero entre los árboles. Pegó tres brincos lo más alto y rápido que pudo, y se coló rápidamente entre las ramas.





Desde su escondite, **Keej** escuchó a los cazadores que lo buscaban exaltados.

—¡Ahí está! —gritó un cazador señalándolo.

Keej fijó la vista en un camino por donde huir, cuando enfrente de él apareció un cazador con una red. El joven venado miró hacia atrás y vio a otros dos cazadores. Debía pensar rápido. Si se iba hacia adelante o hacia atrás, lo iban a atrapar.

“Mis únicas opciones son ir hacia la derecha o hacia la izquierda”, pensó, mientras miraba la espesa vegetación y las grandes rocas que había a los costados.

Sin pensarlo más, Keej tomó una decisión desesperada y brincó hacia su izquierda. Al hacerlo, sintió que unas espinas rasgaban su piel. ¡Pero eso no fue lo peor! Al caer del salto, una roca dobló una de sus patas. Keej corrió soportando el dolor, mientras los cazadores lo seguían de cerca.

“Debo buscar un escondite”, pensó, sintiendo que las punzadas de dolor eran cada vez más fuertes.

Entonces, entre la hierba, vio la entrada a una cueva y brincó hacia adentro. Una vez dentro de la cueva, Keej cayó desmayado del dolor.

Keej durmió mucho tiempo, atormentado por pesadillas en las que era atrapado por los cazadores. Cuando despertó, su cabeza daba vueltas; intentó levantarse, pero el dolor en su pata se lo impidió. Aun así, notó que estaba acostado en una suave cama de paja y cubierto con una colcha.

—No te levantes, necesitas descansar —le dijo un Hombre Sabio.

—¿Quién es usted? —preguntó el pequeño venado.

—No te preocupes, no te va a pasar nada malo —dijo un segundo Hombre Sabio, mientras sujetaba a Keej con suavidad para evitar que moviera la pata herida.

—No te preocupes. Nosotros te cuidaremos —dijo un tercer Hombre Sabio.





Los siguientes días, los tres Hombres Sabios cuidaron de Keej como si fuera parte de su familia. Lo alimentaron, curaron los rasguños de su piel y cuidaron su pata.

Poco a poco, Keej recuperó sus fuerzas y manifestó el deseo de levantarse de la cama y salir de la cueva.

—Ten paciencia, pequeño venado —le dijo el primer Hombre Sabio—. Muy pronto podrás correr por la selva otra vez.

—Pero ya quiero regresar con mis padres. ¡Deben estar muy preocupados por mí! —dijo Keej.

—Ten paciencia, pequeño venado —le dijo el segundo Hombre Sabio—. Es muy importante que recuperes tus fuerzas y que tu pata esté completamente sana.

—¡Pero ya me siento mucho mejor! —exclamó Keej.

—Ten paciencia, pequeño venado —dijo el tercer Hombre Sabio—. Demostraste mucho valor, astucia y determinación al huir de los cazadores. Ahora, debes esperar y descansar.



El regalo perfecto

Los tres Hombres Sabios habían cuidado muy bien de Keej. Además, lo habían ayudado a ejercitarse para recuperar sus habilidades. Keej se sentía tan bien que comenzó a practicar de nuevo sus saltos.

Por fin, llegó el día en que los Hombres Sabios decidieron que ya era el momento de dejar ir a Keej. Así que buscaron a Keej y le dijeron:

—Pequeño, ya estás completamente curado. Ha llegado el momento de decir adiós. Si te quedas más tiempo, llegarán las lluvias y será muy difícil que regreses con tu familia —dijo el primer Hombre Sabio.

—No queremos que te vayas —dijo el segundo Hombre Sabio—, pero sabemos que ya estás sano y que quieres regresar con tu familia.

Keej se puso muy feliz con la noticia. ¡Estaba listo para correr kilómetros!





Cuando llegó el día de su partida, Keej se despidió.

—Estoy muy agradecido con usted —le dijo al primer Hombre Sabio.

—También estoy agradecido con usted —le dijo al segundo Hombre Sabio.

—¡Y con usted! —le dijo al tercer Hombre Sabio.

Los tres Hombres Sabios rieron al oír a Keej. Después, el primer Hombre Sabio miró a Keej seriamente.

—Antes de que te vayas, queremos darte un regalo. Pide lo que quieras, pequeño venado —le dijo.

—Puedes pedirnos más velocidad para escapar de los cazadores —agregó el segundo Hombre Sabio.

—O tal vez prefieras garras y colmillos para defenderte —anotó el tercer Hombre Sabio.

Keej se quedó pensando. Los regalos que proponían los Hombres Sabios no eran lo que él quería.

—¿Ya sabes cuál es tu deseo? —preguntó el primer Hombre Sabio.

—Deseo algo que me proteja de los cazadores, pero no quiero ser más veloz, porque ya soy veloz —respondió Keej.

—¿Entonces quieres garras y colmillos? —preguntó el segundo Hombre Sabio.

Keej hizo una pausa y luego respondió:

—Tampoco quiero garras ni colmillos, porque los venados somos pacíficos. Solo queremos comer en paz y disfrutar de la selva sin el temor de ser atacados.

—¿Entonces qué quieres? —insistió el tercer Hombre Sabio.

—Quiero que los cazadores no puedan verme con facilidad. No quiero atacarlos, sino esconderme de ellos. Si no me ven, no podrán atraparme —dijo Keej.

—Eres un venado muy noble, Keej —le dijo el primer Hombre Sabio—. Por eso, desde hoy todos los de tu especie tendrán un nuevo color de piel. Mientras permanezcan inmóviles, los cazadores no podrán verlos.

Entonces, la piel de Keej comenzó a oscurecerse.





Keej levantó una de sus patas para ver su nuevo color de piel. Ahora sería muy difícil que los cazadores pudieran divisarlo entre los árboles y las plantas.

—¡Gracias! —dijo Keej emocionado—. Ya nadie podrá verme con facilidad.


—Bueno, ya es hora de partir —dijo el primer Hombre Sabio—. Hoy mismo verás a tu familia.

—¡Adiós Keej! —dijeron los tres Hombres Sabios al mismo tiempo.

—¡Adiós y muchas gracias, amigos! —dijo Keej dando un gran salto.

Los Hombres Sabios vieron cómo el joven venado se perdía en la espesura de la selva, pues su nueva piel le permitía camuflarse de inmediato. Los tres estaban orgullosos de él. Keej hubiera podido elegir la fuerza y las armas de los grandes depredadores, como el jaguar o el cocodrilo. En cambio, eligió un camuflaje perfecto. Había escogido evitar los enfrentamientos en lugar de atacar a sus agresores.





La leyenda de la luciérnaga





Un hombre muy sabio

Hace muchos años, en la selva que habitan los mayas, donde hoy es Guatemala, vivió un hombre que ayudaba a sanar a las personas.

Aunque vivía solo, este hombre era muy querido por los mayas. Se dedicaba a estudiar las plantas y tenía muchos conocimientos. Sabía usar las plantas de distintas formas, en ungüentos e infusiones. Curaba las enfermedades que atacaban a los mayas, ya fueran niños, adultos o ancianos.

Este hombre pasaba horas ayudando a las personas. Por eso, era muy común verlo viajar de aldea en aldea, siempre dispuesto a visitar a quien lo necesitara.

Si estaba por nacer un bebé, él llegaba a ayudar a la familia. Se aseguraba de que el bebé estuviera sano. Si alguien había sufrido una torcedura, él sabía cómo sobar y acomodar un hueso.







Así, este hombre nunca estaba en el mismo lugar. Salía de madrugada y visitaba todas las aldeas que podía. A veces, le pedían que fuera a alguna aldea lejana a atender una emergencia, y él caminaba largos trayectos hasta llegar a su destino.

Al ver a la persona enferma le decía con cariño al oído:
—Cuéntame qué sientes.

Una vez que el enfermo le contaba lo que le pasaba, él procedía a tratar de curarlo. Al despedirse, le decía con confianza:

—Mañana te sentirás mucho mejor. Descansa hoy.

Por eso, los mayas lo querían tanto. No importaba la distancia, la hora o el clima. Él siempre atendía a todos con amabilidad y respeto.

Como este hombre vivía solo y aislado, poseía muy pocas cosas. Apenas contaba con lo necesario para sobrevivir. Sin embargo, era dueño de algo muy especial: una pequeña piedra de jade, que usaba para su trabajo.



La piedra de jade era muy valiosa para él. La había heredado de su padre y este a su vez de su abuelo. Había estado en su familia por muchas generaciones.

—Esta piedra es símbolo de nuestros conocimientos. Cuídala mucho —le dijo su padre muchos años antes, cuando se la dio.

—Así lo haré —respondió el hombre cuando recibió la piedra siendo un muchacho.

Siempre traía la piedra consigo. Si visitaba a un enfermo, si preparaba una medicina o si estudiaba alguna enfermedad, la piedra estaba con él.

Por eso, la piedra y él eran inseparables. Él era muy cuidadoso con ella, pues creía que si llegaba a perderla, él no podría seguir haciendo su trabajo.









Cierto día, tuvo que visitar a muchos enfermos. Desde la madrugada hasta el atardecer se la pasó transitando de un pueblo a otro. Cuando estaba por abandonar uno de los pueblos, uno de sus habitantes le dijo:

—Hombre que sana, quédese con nosotros. ¡Se acerca una tormenta!

—Si me apresuro, podré volver a casa antes de que comience a llover —respondió y emprendió su regreso.

Pero en el camino lo sorprendió la tormenta. El viento rugía entre los árboles. La lluvia caía con fuerza. Él corrió para protegerse, pero la tempestad era tan fuerte que no le permitía ver el camino. Los senderos se llenaron de agua y lodo. Era muy difícil avanzar por uno u otro camino.

Por fin, con mucho esfuerzo, llegó a su casa. Con calma se limpió, se secó, cenó un poco y se fue a dormir.



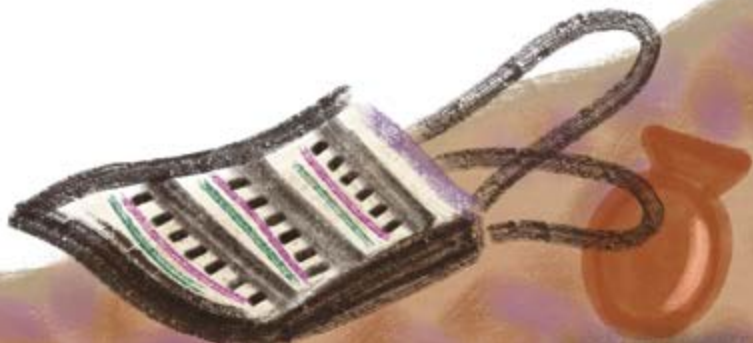
Una pérdida grave

A la mañana siguiente, el hombre se despertó muy temprano y se preparó para sus visitas del día. Mientras organizaba sus cosas, se dio cuenta de que le faltaba lo más importante de todo: ¡su piedra de jade!

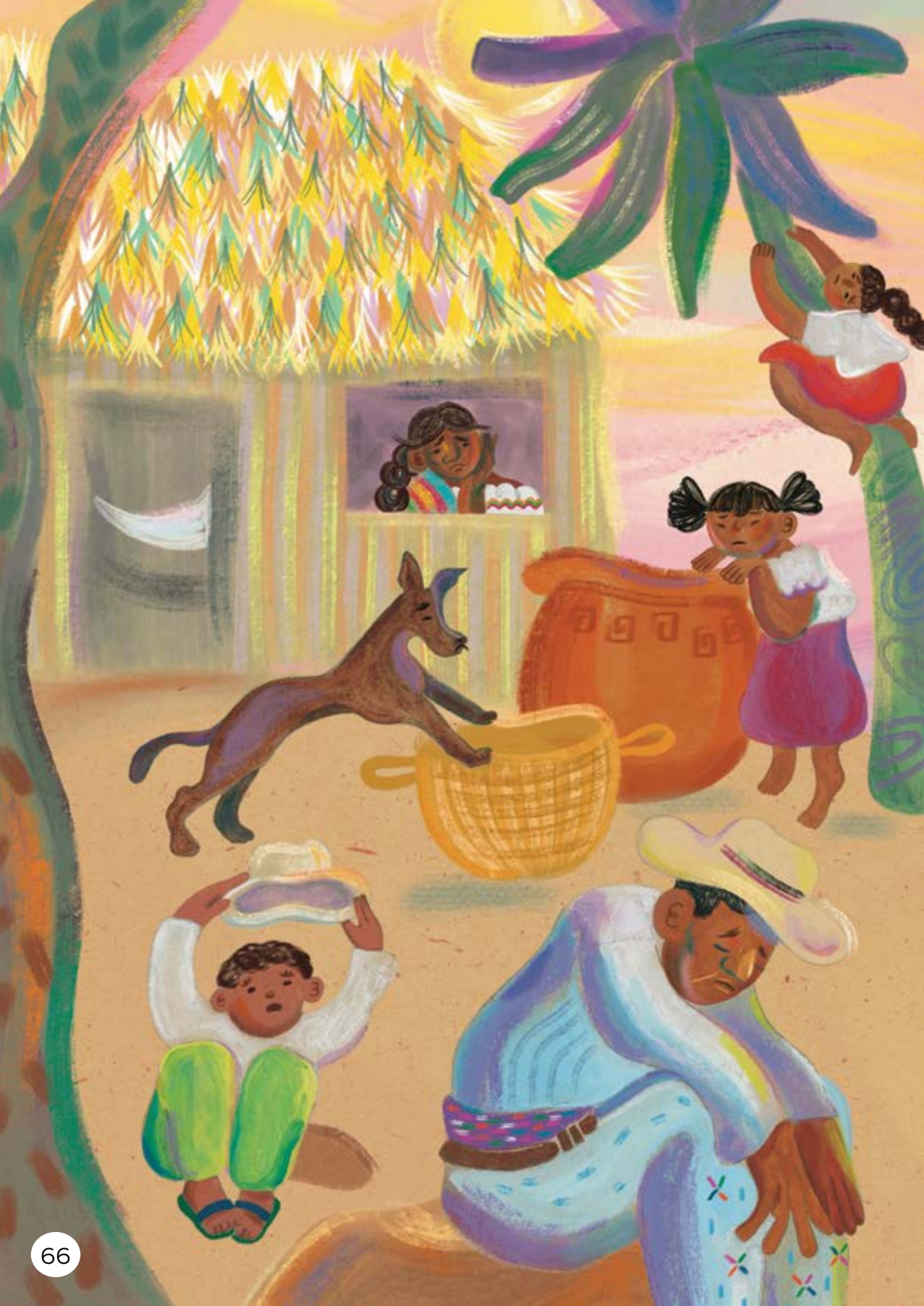
Buscó la piedra entre su ropa y en su morral. Buscó por todos los rincones de su casa, pero la piedra no apareció por ningún lado. Preocupado, trató de recordar los sucesos de la tarde anterior.


“Después de ver al último paciente, creo que guardé la piedra en mi morral. Luego vino la tormenta y tuve que correr. Debí perderla en el pueblo, o mientras corría a casa”, pensó. Entonces, se llevó las manos al rostro en un gesto de desesperación.

Por un descuido, había perdido la piedra de sus antepasados y quizá no podría recuperarla. Sin ella, no podría curar a los enfermos.









Por eso, decidió regresar al pueblo que había visitado al final del día anterior. Allí lo recibieron con alegría. Al entrar a la casa de su último paciente, saludó a la dueña de casa y luego le preguntó:

—Buenos días, mi señora. ¿Ha visto mi piedra de jade? La perdí, y es posible que la haya dejado aquí.

—No la he visto, pero mis hijos y yo la buscaremos.

Todos buscaron la piedra adentro y afuera de la casa, por arriba y por debajo de sus escasas pertenencias, pero no la encontraron por ninguna parte.

—Entonces la perdí en el camino —susurró, inclinando su rostro con desconsuelo.

Sabía que la búsqueda sería muy difícil. Después de la torrencial tormenta, los caminos estaban sucios e inundados. Había lodo por todos lados. Además, no recordaba exactamente por dónde había caminado. Encontrar la piedra de jade entre la selva parecía una hazaña imposible de lograr.

Después de pensarlo mucho, el hombre decidió convocar a los animales de la selva.

—Amigos animales, necesito de su ayuda.

—¿Cómo podemos ayudarte?

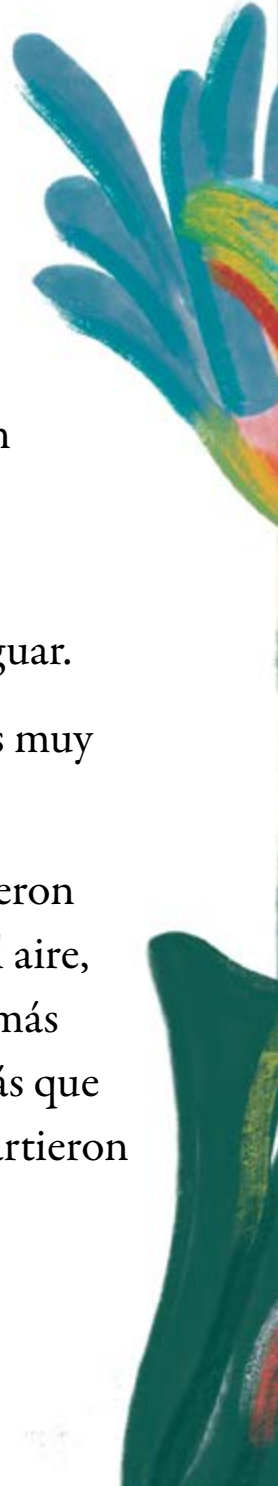
—respondió una guacamaya de inmediato.

—Los llamé porque ayer perdí mi piedra de jade en algún lugar de la selva. Ustedes conocen todos los rincones. Son los únicos que pueden ayudarme a encontrarla.

—Te ayudaremos —se apresuró a decir el jaguar.

—¡Claro que sí! —afirmó el tapir—. Tú eres muy bueno con nosotros y siempre nos ayudas.

Los animales hablaron y, entre todos, decidieron cómo actuar. Juntos podían ver la selva desde el aire, en el agua y hasta debajo de la tierra. ¡Eran los más indicados para la búsqueda! No había nadie más que pudiera con una misión tan difícil. Así pues, partieron por distintos senderos.







Los animales iniciaron su búsqueda con entusiasmo. Caminaron, corrieron, se arrastraron, nadaron o volaron por distintos puntos de la selva. Sin embargo, el día avanzó y la piedra no aparecía. Por la tarde, solo unos cuantos seguían en la misión. Cuando la noche llegó se volvió muy difícil seguir explorando en la oscuridad.

—Yo veo bien de noche, pero estoy cansado y es mejor seguir la búsqueda mañana —opinó el jaguar.

—Estoy de acuerdo —dijo la guacamaya.

Mientras los animales regresaban a sus madrigueras, se escuchó una vocecita:

—¿Esperar hasta mañana? ¡De ninguna manera! Yo seguiré buscando la piedra esta noche.

La voz provenía de un pequeño insecto volador, muy ágil y rápido. Era Cocay. Había sobresalido por ser el animal más preocupado por encontrar la piedra.

—Si ustedes quieren, vayan a casa, pero yo no dejaré de buscar la piedra —dijo Cocay a los demás.



Brillar con luz propia

Al ver que los animales se iban, el hombre se entristeció, pero comprendió **por qué** debían regresar a sus hogares. Sabía que todos estaban cansados después de haber pasado horas buscando la piedra de jade. Al poco rato, él también tuvo que regresar a casa, **porque** la oscuridad de la noche no le dejaba ver nada.

—No te preocupes —le dijo Cocay—. Vete a descansar. Yo continuaré hasta encontrar la piedra.

—Muchas gracias, Cocay. Tu esfuerzo se verá recompensado.

Cocay no se rindió, **sino** que siguió buscando la piedra con la misma determinación en medio de la noche. “**Si no** la encuentro, dejaré de llamarme Cocay”, pensó.

Cocay siguió su vuelo nocturno sin importarle los peligros de la oscuridad. Estaba decidida a encontrar esa piedra que tanto significaba para el hombre y para la comunidad. ¡No se daría por vencida!





Al volar, Cocay debía forzar mucho los ojos para tratar de ver en la oscuridad. Entonces sucedió algo extraordinario. De pronto, se dio cuenta de que algo iluminaba su camino, porque podía ver en medio de la noche.

—¿De dónde viene esa luz? ¿Será que viene de la luna? —se preguntó Cocay.

Intrigada, Cocay voló alrededor de un arbusto y la luz la siguió. Luego se adentró en el arbusto, dio unos giros y la luz volvió a seguirla. Fue entonces cuando comprendió: la luz venía de su propio cuerpo.

—¡Ah! —exclamó Cocay maravillada.

La sorpresa inicial de Cocay pronto se convirtió en una alegre danza. Ahora, mientras volaba y daba giros, podía iluminar el camino con su cuerpo. ¡Esa era su recompensa por haberse esforzado tanto en buscar la piedra!

Esto le dio más ánimo a Cocay. La búsqueda de la piedra sería mucho más fácil porque la oscuridad ya no sería un problema para ella.



Cuando se recuperó del asombro, Cocay continuó con su misión sin importar que sus alas se sintieran fatigadas de tanto volar.

De repente, al pasar cerca de unos matorrales, notó un resplandor color verde turquesa entre el lodo. Se posó sobre los matorrales y con su luz, observó de cerca. Definitivamente, había algo que brillaba entre el lodo. ¡Era la piedra de jade!

Cocay había logrado algo que parecía imposible. Había encontrado una pequeña piedra en medio de la selva gigantesca. Estaba muy emocionada. Entonces voló apresurada a la casa del hombre para avisarle de su hallazgo.

—¡La encontré! ¡La encontré! —gritó al acercarse a la casa.

—¡Qué alegría! —gritó el hombre, mientras corría hacia Cocay.

Siguió a Cocay guiado por su luz. Al llegar al punto donde Cocay detuvo su vuelo, vio con júbilo la piedra de jade entre el lodo.





El hombre estaba muy agradecido.

—Cocay, ¡qué trabajo **tan bien** hecho! —exclamó—. Nunca te rendiste y **también** demostraste que brillas con luz propia. Por eso, ahora podrás iluminar la selva.


—¡Es increíble! —gritó Cocay—. ¡Muchas gracias!

—Desde hoy, tú y los de tu especie brillarán con su luz y serán conocidos como luciérnagas —concluyó el hombre.

Los animales de la selva, que se habían despertado al oír los gritos de felicidad de Cocay, miraron a la luciérnaga encantados. Esa noche aprendieron que el esfuerzo siempre es recompensado. También aprendieron que no importa si los demás creen que algo es imposible. La clave es no rendirse. Todos estaban felices por Cocay y por el hombre que sanaba. La piedra había aparecido y, además, habían aprendido algo.

Desde esa noche, la selva maya no volvió a estar a oscuras, gracias a la luz de Cocay y de todas las demás luciérnagas.





Descubre quién escribe la historia



Agustín Pérez Allende

Cuando era niño en México, mi abuela me contaba historias antes de dormir. Años después descubrí que ella imaginaba todos esos relatos fantásticos para nunca dejarme sin un cuento.

Lo que más disfruté al escribir *Habitantes de la selva: leyendas mayas* fue descubrir la relación tan cercana que había entre el pueblo maya y los animales de la selva. Los mayas habían observado con detenimiento a los animales, y buscaron explicar sus características con las leyendas que nos han dejado.



Descubre quién ilustra la historia



Emily Mendoza

Me entusiasmó mucho ilustrar *Habitantes de la selva: leyendas mayas* porque, entre otras cosas, pude investigar acerca de la cultura maya. De hecho, gran parte de mi trabajo de ilustración consistió en investigar y aprender sobre dicha cultura.

¡Fue muy divertido!

El mayor desafío que enfrenté fue encontrar todos los detalles apropiados para asegurarme de que los personajes cobraran vida.

Descubre quién ilustra la historia



Dominique Ramsey

Soy de Atlanta y Maryland. El primer recuerdo que tengo de Maryland es la gran cantidad de nieve que allí había, ¡nunca había visto tanta nieve en mi vida!

Lo que más me gustó de ilustrar *Habitantes de la selva: leyendas mayas* fue dibujar todos los fondos naturales, los patrones de formas y los venados. El mayor desafío fue lograr representaciones precisas de la cultura maya sin que éstas llegaran a parecer estereotipadas.



Emma Pokorny

Ilustrar *Habitantes de la selva: leyendas mayas* fue muy significativo para mí porque me ofreció la oportunidad de explorar una nueva cultura. ¡Hacer una investigación visual sobre la cultura maya me permitió jugar con colores, diseños e ideas maravillosas! También disfruté mucho dibujando los animales de la jungla.

El mayor desafío que enfrenté fue elegir los dibujos ya que la leyenda que ilustré se contó con muchas descripciones vívidas y detalles cálidos.



Core Knowledge Language Arts

Amplify

Senior Vice President and General Manager, K-8 Humanities

LaShon Ormond

Chief Product Officer

Alexandra Walsh

Chief Academic Officer

Susan Lambert

Content and Editorial

Elizabeth Wade, PhD, Vice President, Editorial

Genya Devoe, Executive Director

María Oralia Martínez, Associate Director

Patricia Erno, Associate Director

Baria Jennings, EdD, Senior Content Developer

Sean McBride, Content and Instructional Specialist

Christina Cox, Managing Editor

Product and Project Management

Amber Ely, Director, Product

Elisabeth Hartman, Associate Product Manager

Melissa Cherian, Executive Director, Strategic Projects

Catherine Alexander, Associate Director,
Project Management

Stephanie Koleda, Senior Project Manager

Leslie Johnson, Director, Commercial Operations

Zara Chaudhury, Project Manager

Patricia Beam Portney, Project Coordinator

Tamara Morris, Project Coordinator

Design and Production

Tory Novikova, Senior Director, Product Design

Erin O'Donnell, Senior Product Design Manager

Contributors

Content and Editorial

Laia Cortes, Bilingual Content Designer

Ana Mercedes Falcón, Copy Editor and Translator

Ana Killackey, Copy Editor and Translator

Jorge Limón, Copy Editor and Translator

Sofía Pereson, Copy Editor and Translator

Brycé Pesce, Bilingual Content Designer

Melissa Saldaña, Bilingual Content Designer

Lyna Ward, Bilingual Content Designer

Mabel Zardus, Senior Bilingual Content Designer

Product and Project Management

Reyna Hensley, Project Manager

Carolina Paz-Giraldo, Project Manager

Art, Design, and Production

Raghav Arumugam, Illustrator

Derick Brooks, Illustrator

Olioli Buika, Illustrator

Ami Cai, Illustrator

Alanna Conway, Illustrator

Stuart Dalgo, Production Designer

Lucas De Oliveira, Production Designer

Rodrigo García, Senior Visual Designer

Isabel Hetrick, Illustrator

Ana Hinojosa, Illustrator

Ian Horst, Production Design Manager

Jagriti Khirwar, Illustrator

Janelly Rodriguez, Illustrator

Francesca Mahaney, Illustrator

Amber Marquez, Image Researcher and Illustrator

Jocelyn Martinez,

Image Researcher and Illustrator

Emily Mendoza, Illustrator

Islenia Millien, Illustrator

Melisa Osorio Bonifaz, Art Director

Emma Pokorny, Illustrator

Dominique Ramsey, Illustrator

Meghana Reddy, Illustrator

Janelly Rodriguez, Illustrator

Jules Zuckerberg, Illustrator

Editorial Development and Production Services

Aparicio Publishing

Amplify Caminos



Amplify Caminos

2.º grado | Lectoescritura 9

Libro de lectura | Habitantes de la selva: leyendas mayas

ckla.amplify.com

ISBN 9798885761093



9 798885 761093